

UNA MIRADA DESDE LOS MÁRGENES

Facundo llegó a su casa y vio a Eugenia desmayada en la cocina. La cargó como pudo en el auto, y a toda velocidad fue omitiendo cada uno de los semáforos que iba encontrando en el camino para llegar al hospital más cercano.

Apenas entró en la guardia cargaron a Eugenia en una camilla y se la llevaron a la sala de emergencias. Por directivas administrativas Facundo quedó en la puerta y no pudo entrar. Sentía una profunda tristeza. A la vez, estar en un lugar así donde la tristeza está por todos lados, por todos los rincones, en todos los rostros, es el rasgo que a todos allí los acompaña.

Luego de largo rato de solo masticar sus nervios, de escuchar que lo de Eugenia era cuestión de tiempo, y que su evolución en las siguientes horas era de suma importancia -porque para la mayor precisión del diagnóstico el tiempo es un factor importante-, se dio cuenta de que el tiempo, en un espacio así, es la trampa y la salvación, la espera que desgasta y la esperanza que sobrevuela sin más remedio.

Facundo tiene su oficio de periodista, le es fácil escribir y pensar en palabras. Como un modo de disipar el dolor, como haciendo una estafa al pensamiento con las emociones que ese lugar le producía, fue hasta el auto, trajo una libreta y se puso a escribir sobre lo que le pasaba, sobre lo que veía. Sobre ese espectáculo al que no había sido invitado pero que lo tenía como protagonista. Lo tenía en el centro de la escena como estaban otros tantos ahí.

Escribir es tener esa mirada desde los márgenes del propio dolor. Pararse en el abismo. Sentarse en un costado, caminar sin desarmar la estructura que contiene todo ese espectáculo. No salirse de la línea, no hacer ruido, no molestar, solo observar para no caer, para no desesperar.

Abrió la libreta, y eligió como título: *Observaciones de la tristeza en la sala de urgencia de un hospital*. Buen título, pensó. Y comenzó a garabatear unas palabras, unas prosas desordenadas:

“Este lugar es esto: tristeza concentrada en máxima potencia. Es un espejo donde todos alguna vez nos miramos. Y siempre detestamos. Detestar un lugar así, es conectarnos con la vida. Estoy seguro de que no hay mayor tristeza en la noche que la que rodea a la sala de urgencia de un hospital. Llantos dispersos en el largo pasillo. Pasillo gris, con olor a alcohol etílico, a desinfectante barato. Esperanzas corroídas con la melancolía de las horas que pasan. En una secuencia interminable de infortunios. La desazón como una peste invariable. Indestructible.

Cabezas que se asoman para ver de dónde vienen esos gritos que esfuman esperanzas. A veces huele a sangre. A veces es necesario limpiar a mitad de la noche la que se esparce a lo largo del pasillo. A veces, las sirenas de las ambulancias enloquecen, sin más remedio que la espera sin vida. Un cuerpo, dos, o tres, entran en la morgue. Fin de esas historias. Todo se cae, todo se cae en un agujero oscuro.

El médico camina a lo largo del corredor e ingresa a los pequeños resguardos que hacen de habitación con gran parsimonia. Quizás ya está cansado. Toda la noche tuvo el mismo estilo. Deja un desánimo a su paso. Y uno imagina que para derrotar a la muerte y

al dolor que habita en este sitio hace falta más vigor, más energía, menos petulancia. Y los médicos son petulantes. Dioses de la vida y de la muerte. Pero la muerte en este sitio no sabe de Dios. No sabe de nada. A veces los médicos están cansados y esperan que la muerte les gane la batalla. A veces pasa. A veces no.

Sin embargo, hay una chica de blanco con el vigor que le falta al médico, con una planilla, haciendo las preguntas más estúpidas en los momentos más inoportunos. ¿Tenés obra social? ¿Por qué no anda con el documento del enfermo? ¿Hace cuánto que sintió ese dolor? ¿Por qué no vino antes? Y así un sinfín de preguntas que no conducen a nada. A ninguna razón que calme el dolor. El dolor en este sitio no se calma con nada. Esas preguntas idiotas, enojan por sobre todos los motivos.

Las horas transitan sin que la noche busque aclarar. La noche es larga. Densa. Fría. Nuevamente los creyentes le rezan a Dios a cada rato. Los ateos, prefieren encarar al médico para que dé respuestas concretas. Pocas veces se consigue.

Las salas de urgencia son como un gran reservorio de lo inesperado, donde no hay nada programado. Lo único que se quiere escuchar del médico es que el diagnóstico no es grave. Que después de las dosis de suero que ordenan por rutina, el paciente ya estará en condiciones de volver a su casa. A veces ocurre. A veces no. A veces, la peor noticia. Llantos desalmados en la calle. La noticia ya llegó hasta el resto de los parientes que esperan con esperanzas que la cosa sea distinta.

En cierto momento la luz blanca, el olor a alcohol y vómito se hace inaguantable. Y el sol tarda tanto en aparecer al final del largo pasillo. Debe ser por la misma tristeza que rodea a esta sala de urgencia de hospital”.

Después de esa larga noche, pudo saber que Eugenia se salvó de una grave, de las que uno de mil queda sin secuelas. Una semana más, con más estudios, y podrá ir a su casa. Facundo piensa que cuando la lleve habrá disfrute, sin conflictos, sin pesares, sin penas. No hay segundas oportunidades en estos casos.

Ya está el sol a toda furia en el cielo. Facundo todavía con la libreta en la mano. La guardó, miró a Eugenia, agarró su mano y se quedó sentado en la silla, en el más profundo silencio de sus pensamientos, solo mirándola, como siempre enamorado de ella.